

manera creciente su capacidad productiva al incremento de la industria bélica, y América Latina, en su situación dependiente, tiende a reproducir los aspectos distorsionados del sistema en su conjunto.

Así pues, la militarización es una de las formas que adopta el imperialismo en el interior de las sociedades subordinadas al sistema; sin embargo, el imperialismo tiende a manifestarse en todas las esferas de la sociedad y configura un claro proceso de violencia de la vida social, sustentada en las ideologías, las políticas económicas, la cultura, la religión y los medios masivos de comunicación, configurando un sistema de difusión de los valores del militarismo ligado a los intereses del centro hegemónico; así se elaboran las ideologías anticomunistas que juegan un papel importante en la lucha de los bloques a nivel mundial y América Latina. En cuanto cultura de la violencia, el imperialismo propaga la cultura del fascismo. Esto alcanza su expresión más clara en la violencia política, donde la represión planeada técnicamente se convierte en requisito indispensable del funcionamiento del sistema.

Este esfuerzo gira en torno a la conservación del sistema imperialista en general y del American Way of Life en particular, donde el área latinoamericana es absorbida de manera creciente en un proceso de creciente integración de las relaciones de dominación y subordinación, con lo que se desarrolla la organización técnica, los valores, y la práctica necesarios que configuran la cultura de la violencia.

*Jorge C. Gutiérrez Pérez*

Lamore, Jean. *Cuba*. Paris. Presses Universitaires de France, 1970, 130 pp., 3.50 Fr.

El autor, asistente en el Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de Burdeos, realizó un viaje expreso a la perla de las Antillas para poner al día su material. A primera vista la obra no da idea clara de su contenido pero, sin lugar a dudas, es una de las más importantes síntesis de conjunto de la vida cubana desde la conquista española hasta nuestros días.

Con un lenguaje fácil Lamore dedica la primera parte del libro a describir física, histórica y socialmente el país. Sin disimular en ningún momento sus simpatías por el actual régimen cubano, trata de evitar la polémica apeándose rigurosamente a los hechos históricos.

Con profundos conocimientos describe el sistema colonial español y el régimen esclavista que persistió en la isla hasta casi el último cuarto del siglo pasado. Al mismo tiempo encuentra las raíces de los problemas cubanos que se manifestarían en las luchas por la independencia y estallarían en nuestros días.

La sustitución del yugo español por la tutela estadounidense en 1898 frustró los anhelos de un pueblo en armas y de largos años de lucha. La segunda guerra por la independencia pronosticada por Martí comenzaba entonces.

La intervención militar norteamericana fue la consecuencia lógica de la estrategia trazada por Estados Unidos desde la segunda década del siglo XIX. Baste recordar que John Quincy

Adams secretario de Estado del presidente Monroe declaró, al respecto de las ambiciones de su país y de Inglaterra sobre la isla antillana, que se adoptaría la política de la "espera paciente", permitiendo que "el más débil (España) retuviera la presa entre sus manos a fin de mejor recogerla más tarde".

En 1898 España queda eliminada del escenario cubano y se inicia la época de las intervenciones militares estadounidenses en la isla. Hasta 1909 habían habido dos intervenciones y ocho años de ocupación militar. Tiempo suficiente para cimentar los intereses norteamericanos: un alto porcentaje del comercio exterior cubano es monopolizado por empresas estadounidenses y se abre el mercado cubano a la exportación preferencial de artículos norteamericanos; se estableció la base naval de Guantánamo vigilando la ruta de Panamá y se agregó, con carácter "permanente", la célebre Enmienda Platt a la Constitución cubana que permitiría la intervención armada norteamericana cada vez que los intereses estadounidenses se sintiesen afectados. Esto implicaba apoyar, deponer, reelegir autoridades y en ocasiones administrar el erario cubano, a fin de permitir el acceso de los capitales estadounidenses sin cortapisas. En 1909 el ministro de la Guerra Taft recibió el título de "Gobernador General de la República de Cuba" y los historiadores norteamericanos hablan del "protectorado" de su país sobre la isla.

En la década de los años 20 terminará la época de las intervenciones militares norteamericanas en territorio cubano; en adelante se limitarán a la presión de los embajadores y enviados, no por ello menos eficaces.

En medio de las crisis económicas y la guerra de independencia, una empresa norteamericana compró la primera explotación azucarera en la isla, en 1883. Para 1895 los capitales estadounidenses en Cuba sumaban 50 millones de dólares, empleados largamente en adquirir plantaciones en peligro financiero o devastadas por la guerra.

La crisis económica que principio en 1929 en los países desarrollados, es sólo una más para Cuba, sometida desde largos decenios ya a las fluctuaciones del precio del azúcar en el mercado internacional. El caos económico, el desempleo, la especulación desenfrenada y la corrupción administrativa son características de los primeros 30 años de este siglo en la vida cubana.

En 1933 aparece por primera vez el sargento Fulgencio Batista a la cabeza de un golpe militar. En 1940 es elegido presidente. Lamore agrega: "Batista dirigía en realidad el escenario tras bambalinas desde hacía ya siete años apoyado calurosamente por el presidente Roosevelt." Los gobiernos corruptos de Grau San Martín y Prío Socarrás se sucedieron en la época de los años 40, hasta que el último fue depuesto por Batista en 1952, por lo que el antiguo sargento se instaló en la presidencia de nueva cuenta con el apoyo de Estados Unidos.

La corrupción y la miseria corrieron parejas durante esta época. Las fortunas se amasaban bajo cualquier forma poco escrupulosa protegidas por el manto oficial. Batista agregó algo nuevo: una represión cruel y sistemática a toda protesta y oposición. Si la empresa que preparaba el doctor Castro y su grupo era realmente peligrosa, es difícil imaginar en qué terreno mejor preparado que éste podrían desenvolverse los jóvenes revolucionarios.

Además de las razones anteriores, Lamore anota otra causa fundamental de la Revolución. El peso decisivo de los capitales estadounidenses presentes en todos los renglones de la economía y principales interesados en el mantenimiento del *status* político a fin de garantizar sus innumerables privilegios y las espectaculares tasas de rentabilidad. Resulta interesante recordar que Cuba ocupaba el segundo lugar, en el monto de las inversiones privadas norteamericanas en el subcontinente latinoamericano en 1958, sobrepasando incluso los capitales estadounidenses colocados en cualquiera de los grandes países latinoamericanos.

Cuba dependía fundamentalmente de la economía azucarera y el dulce representaba el 80 por ciento de las exportaciones de la isla, destinadas en más de la mitad al mercado norteamericano. La mitad de la mano de obra agrícola (más de 470 000 trabajadores) dependía del azúcar. Durante las fluctuaciones y las crisis, las empresas azucareras se habían concentrado y detentaban un poder enorme. De esta manera, en 1958, veintidós empresas absorbían el 70 por ciento de las tierras dedicadas a la caña. Trece empresas eran norteamericanas abarcando una superficie de 1 173 000 hectáreas y nueve cubanas con 620 000 hectáreas. Sin embargo las tierras estaban subaprovechadas y los rendimientos eran bajos; sólo podían mantenerse frente a otros competidores más eficaces, por los bajos salarios, la escasa renovación del equipo, los bajos amortizamientos y los suelos y el clima excelentes.

Por lo que respecta a los otros cultivos y la ganadería, la situación no era muy diferente a la de la caña. La concentración de la propiedad era también la regla: 3 000 propietarios detentaban el 70 por ciento de la tierra.

En 1953 el régimen batistiano realizó un censo, que arrojó los siguientes resultados: de 6 millones de habitantes en la isla, 43 por ciento eran rurales, la gran mayoría habitando el *bohío* (habitación de techo de palma y piso de tierra apisonada); 9 por ciento de las casas rurales disponían de electricidad; 2,3 por ciento contaban con tomas de agua; 85 por ciento no disponían de ninguna instalación sanitaria; 96,5 por ciento no disponían de ningún sistema de refrigeración. La higiene era deplorable y la malaria, la tuberculosis, la sífilis y las infecciones parasitarias eran comunes. La malnutrición entre los niños alcanzaba grados alarmantes, particularmente en el "tiempo muerto" de los macheteros que podía ser de 7 a 10 meses del año. En fin el 25 por ciento de la población era analfabeta.

Aunque los revolucionarios estaban convencidos de que la vía de las soluciones a los graves problemas pasaba por la liquidación del tirano y la adopción de medidas radicales que suprimieran el sistema, el programa que presentaron se abstuvo de hacer ninguna mención al socialismo. Es quizá por ello —piensa el autor— que las clases acomodadas y la alta clase media se unieron al entusiasmo popular y apoyaron a los revolucionarios triunfantes durante los primeros meses del nuevo régimen.

El choque con los intereses de la oligarquía cubana no tardó mucho en llegar al adoptarse las leyes de reforma agraria y reforma urbana. Grupos armados contrarrevolucionarios se formaron. El gobierno estadounidense intervino en apoyo de sus tradicionales aliados y para contener los ímpetus del nuevo régimen recurrió a la supresión progresiva de la cuota azu-

carera cubana en el mercado estadounidense. Los contrarrevolucionarios empezaron a atacar con bases en Florida.

El rompimiento de relaciones con Estados Unidos en 1960 fue la culminación de una escalada de represalias. Las afectaciones abarcaron prácticamente todos los bienes de las empresas estadounidenses operando en Cuba. Entre el 17 y el 19 de abril de 1961 la tentativa más seria para derribar al régimen revolucionario, financiada y alentada abiertamente por el gobierno estadounidense, fracasó en la bahía de Cochinos. Sin embargo, el bloqueo económico instaurado por Estados Unidos (que aún perdura) creará serias dificultades a la economía cubana.

Entre las leyes de nacionalización más importantes del gobierno cubano, vale la pena mencionar, la primera ley de reforma agraria de 17 de mayo de 1959, que fijó en 30 caballerías (402,6 hectáreas) el límite máximo de tierra que podía poseer una persona. La Ley del 13 de octubre de 1963, que redujo el límite máximo citado a 5 caballerías (67 hectáreas). Como resultado, los grandes latifundios y las propiedades medianas desaparecieron y en su lugar recibieron tierras más de 100 000 campesinos y se constituyó una importante reserva estatal. La Ley de 6 de julio de 1960 decretó la nacionalización de todas las empresas norteamericanas, y la Ley del 13 de octubre del mismo año dispuso las mismas medidas sobre las empresas cubanas.

El sector estatal, que adquirió una gran importancia, fue primeramente organizado en cooperativas especializadas. Desde 1962 los ingenios se transformaron en "fincas azucareras" dirigidas por un administrador designado por el Instituto Nacional de la Reforma Agraria. A partir de 1963, las fincas estatales fueron reagrupadas en "conjuntos regionales".

El sector privado en el campo lo constituyen los antiguos campesinos pobres (94 por ciento) asistidos por las instituciones estatales. En 1960 se suprimieron los sindicatos agrícolas y fueron sustituidos en 1961 por la Asociación Nacional de Pequeños Agricultores que agrupa al 90 por ciento y dispone de una dirección nacional autónoma. Los pequeños agricultores pueden agruparse voluntariamente en cooperativas o sociedades agropecuarias, de las que existían 270 en 1966.

Además de las penurias ocasionadas por el bloqueo, los errores han sido varios y graves en ocasiones. La falta de estadísticas y de evaluación de los factores de producción han sido otra fuente de dificultades, al igual que la falta de coordinación interna que ocasionó la penuria del material, la dispersión de los créditos y el incumplimiento de una cadena de proyectos. El más serio fue quizá el relativo abandono de la industria azucarera en un primer momento "como fuente de todos los males", con el consiguiente desvío de todos los recursos y esfuerzos hacia la diversificación agrícola e industrial, en un desesperado intento por paliar los efectos del bloqueo y satisfacer el aumento del poder de compra de los trabajadores (alzas de salarios, bajas considerables en los alquileres y los servicios, creación de nuevos empleos). Un racionamiento agudo se instauró ante la imposibilidad de satisfacer a corto plazo la demanda y la dificultad de aprovisionarla por importación.

A partir de 1963 se recogieron los frutos de la experiencia; la agricultura será la base de la economía cubana durante al menos un decenio y el azúcar será el motor del desarrollo. El objetivo industrial pasa a un plazo más largo, y la caña

será la base de una industria sucroquímica y de celulosa con pretensiones más importantes que las de la cosecha primaria.

Para el autor, el cambio de política económica sólo fue posible por la aparición de nuevos factores: el inmenso esfuerzo en la educación; formación de nuevos cuadros en las facultades obreras y campesinas; la creación de un buen aparato estadístico; las fisuras abiertas en el bloqueo y los importantes acuerdos firmados con la URSS y otros países socialistas. Por estos últimos Cuba pudo planificar sus ventas de azúcar hasta 1970, al disponer de precios estables al abrigo de las fluctuaciones del mercado internacional.

Ha sido necesaria también una revolución técnica y administrativa. Las ramas económicas "sectorializadas" han revelado cierta eficacia al arrojar resultados positivos y ello ha permitido reducir o suprimir el racionamiento en algunos artículos.

La falta de brazos se ha revelado angustiada para la cosecha de caña. Pero el esfuerzo para mecanizar y racionalizar esta actividad no es menos notable. A su vez, para la reforestación masiva, la cosecha de café, la de cítricos y otras, se ha utilizado del trabajo voluntario ciudadano, particularmente femenino.

En fin, la construcción de carreteras, represas, los nuevos pueblos, puertos y los programas industriales de gran envergadura han transformado radicalmente la fisonomía cubana.

Entre las reformas sociales más importantes cabe citar la del alojamiento. Las llamadas "vecindades" fueron expropiadas sin indemnización para los propietarios. Lo que percibe el Estado como alquileres permite indemnizar a los antiguos propietarios de habitaciones salubres y de construir nuevos alojamientos para los ocupantes de las propias vecindades. En el campo la política de alojamiento se traduce principalmente en la creación de pueblos de 60 a 500 casas amuebladas con un mínimo de confort similar al de la clase media urbana. Por otra parte los equipos del Estado han instalado servicios sanitarios, tomas de agua, y pisos de cemento en más de 100 000 casas. El presupuesto consagrado a la higiene se multiplicó por 10 en la década 1958-68.

En Cuba existen 361 municipalidades. Al lado de las autoridades municipales existen las asambleas locales, con atribuciones muy extensas: el comercio de la comunidad, trabajos públicos, producción, etcétera. De los 21 000 delegados a las asambleas locales 12 500 son obreros y 5 600 campesinos, con un promedio de edad de 35 años.

Además existen 85 000 comités de defensa de la revolución agrupando a 2 000 000 de miembros cuyas funciones son de policía y participación en las grandes campañas sociales: educación, higiene, ayuda en las cosechas, etcétera.

El esfuerzo más grande es evidentemente el que se realiza en la educación. La Ley de 6 de julio de 1961 decretó la nacionalización de la enseñanza suprimiendo las escuelas privadas. Hasta 1968 el nuevo régimen había puesto en funcionamiento 10 650 nuevas salas de clase. En el año de 1967-68 las escuelas primarias recibieron 1 390 000 alumnos de los cuales 42 748 eran becarios del Estado, en comparación a los 702 000 alumnos inscritos en 1958. Es un hecho bien conocido que el analfabetismo no se eleva a más del 3 por ciento de la población adulta. Hasta ahora se proporciona sólo gratuitamente la educación primaria; pero los planes prevén, a breve plazo, la implantación obligatoria de la enseñanza secundaria y media.

Existen desde 1963 los círculos de interés científico y técnico, que en 1968 contaban con más de 300 000 alumnos de primaria y secundaria. De inscripción voluntaria, cada círculo reúne varios grupos de una quincena de jóvenes ayudados por un profesor y orientados por un técnico proveniente de un centro de investigación o de producción.

Desde enero de 1962 fue establecido un sistema de "promoción obrera y campesina" considerado como consecuencia lógica de la alfabetización, que tenía por objeto elevar el nivel cultural de los obreros y campesinos. Cada año se inscriben más de medio millón de adultos en esos cursos, 16 millones de libros han sido repartidos gratuitamente y la radio y la televisión realizan emisiones especialmente adaptadas.

Por lo que se refiere a la promoción de la mujer, las medidas adoptadas son notables. La Federación de Mujeres Cubanas, que agrupa más de un millón de miembros, acoge y proporciona asistencia médica, alimenticia y preescolar a los niños desde los 45 días hasta los seis años, lo que permite a la mujer participar directamente en las tareas de producción económica.

Subsisten aún muchos problemas para los cubanos. En el campo exterior Lamore señala dos principales: 1) la excesiva dependencia del campo socialista, de la URSS en particular, que en diversas ocasiones se alarmó de la excesiva radicalización del régimen cubano y "aconsejó la moderación" con respecto a Estados Unidos y a la clase media cubana; 2) las actividades de sabotaje de los grupos anticomunistas alentados y financiados por la CIA.

Los problemas interiores más señalados, son: 1) la falta de cuadros calificados; 2) el burocratismo, y 3) la austeridad de los años recientes que afecta directamente a las personas salidas de la antigua, mediana y pequeña burguesía urbana, lo que, aunado a las diferencias ideológicas, mantiene un éxodo considerable hacia el exterior y crea una cierta lasitud en los que permanecen en la isla.

En resumen, una obra importante para estar al día y explicarse las realizaciones de un país clave en la estrategia mundial contemporánea.

Leopoldo González Aguayo

Lefebvre, Henri. *La revolución de hoy. De Nanterre para arriba*. México, Editorial Extemporáneos, 1970, 166 pp.

El ensayo que publica Henri Lefebvre, es esencialmente político. Su preocupación es plantear la posibilidad de la revolución actual, pero, además, la forma indispensable para conocer un camino cierto a una nueva sociedad.

Lo que importa también a Lefebvre es revisar la obra de Marx, a la luz de los acontecimientos actuales: la revolución de mayo en Francia.

Marx elaboró una nueva teoría de la economía, en contra de la economía política que sujetaba el beneficio social al derecho. Sin embargo, previó las cosas tal que, la crisis económica, fuera la explosión que condujera a la sociedad capitalista a una nueva sociedad.

Pero no afirmó en términos absolutos la relación de lo económico y lo político, de la base con la superestructura. Subrayó